

Dos creadores: Carlos Castán y Julio José Ordovás

Este primer espacio de Creación de nuestra revista *Crisis* trae como invitados a dos jóvenes escritores aragoneses que han hecho de su trabajo un ejercicio de rigor y exigencia. Carlos Castán, sobre todo en el género del relato, y Julio José Ordovás, tanto en sus dietarios como su producción periodística, asumen su condición de letraheridos y apuran en cada texto las posibilidades expresivas de la palabra, la múltiple capacidad de resortes y sugerencias del arte literario, que hace aflorar la veta renovada de la escritura, el hallazgo azaroso que propicia una imaginación alerta.



Carlos Castán

Carlos Castán nace en Barcelona en 1960. Se licencia en filosofía y actualmente imparte clases en el Instituto Goya de Zaragoza.

BIBLIOGRAFÍA

- Frío de vivir. Zaragoza: Onagro Ediciones, 1997; Barcelona: Emecé, 1997; Barcelona: Editorial Salamandra, 1998. Traducción al alemán: Gern ein Rebell. Nagel&Kimche: 2000.
- Museo de la soledad. Madrid: Espasa, 2000; Barcelona: Círculo de Lectores, 2001; Tropo Editores, 2007.
- El aire que me espía. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2005.
- Sólo de lo perdido. Barcelona: Ediciones Destino, 2008. Premio Vargas Llosa-NH 2010 al mejor libro de cuentos.1
- Papeles dispersos. Zaragoza: Tropo editores, 2009.



Fotografía: lecturaitalia.com

Julio José Ordovás

Julio José Ordovás nació en 1976 en Zaragoza, ciudad en la que reside. Articulista y crítico literario.

BIBLIOGRAFÍA

- Días sin día, 2004.
- Frente al cierzo, 2005.
- Papel usado, 2007.
- Nomeolvides, 2008.
- En medio de todo, 2010.
- Una pequeña historia de amor, 2011.



Ilustración: Sergio Abrain. Pasos perdidos, 2006

Hay algo en los viajes que, como un contrapeso infalible, acaba por empañar el vértigo de estar vivo a miles de kilómetros y la euforia de calles por descubrir, y librerías y rostros. Sobre todo a la caída de la tarde y en especial en ciudades en las que, como en Lima, la garúa descende a la altura del alma, que viene a ser más o menos la del suelo que se anda pisando. Entonces, ante la visión de cualquier niño de una edad parecida a la suya, aparece el recuerdo de mi hijo pequeño y es como si de repente una de sus manitas me apretara fuerte el corazón y me sobreviene urgente la querencia imposible de refugiarme, aunque sea por un par de minutos, en la calidez que deja sobre las sábanas tras haber dormido en ellas. Desaparecen los bares entre la niebla, y las ganas de hacer fotos o curiosear en las librerías de lance, y sólo veo niños que vuelven del colegio, alguno de la

mano de su padre, otros (y éstos son los peores, la verdadera punzada...) van llorando por el motivo que sea, una pequeña riña, la merienda, un puñado de cromos.

Y en este estado voy cuando salgo del Museo de la Inquisición y enfilo por la calle Junín en dirección contraria a la plaza de Armas, y luego giro a la derecha, no sé si por Andahuaylas o por Paruro, y camino sin rumbo dejándome poseer por ese dolor doméstico y suave, con el punto justo de amargura, como un sorbo de *Fra Angelico* o Yves Montand cantando *Les feuilles mortes*. Tan absorto que no puedo ver de dónde sale el energúmeno que, desde atrás, me agarra por el cuello, mientras un tropel de muchachos se abalanza sobre mí metiendo las manos en todos mis bolsillos a la vez, golpeándome, llamándome de todo en una jerga que no entiendo, y me ponen del revés, y noto mi vientre lleno de una

calidez pegajosa a la vez que todo se nubla y no soy más que un bulto de latidos y náuseas con la cabeza apoyada en el asfalto.

Salen corriendo con su botín. Pero al ver que no puedo moverme, uno de ellos, el más pequeño se acerca de nuevo hasta dónde estoy. Por un momento creo que es mi hijo, o por lo menos lleva puesta su mirada, puede que sea de otra raza, pero algo en el rostro me dice que es él. Ahora noto que estoy echado sobre un charco que mana de mí. Se agacha a mi lado. Estoy mareado y sin fuerzas pero no tengo miedo. Creo que me va a dar un beso, creo que va a acariciarme el pelo y a preguntarme si me encuentro bien. Pero no. No lo hace. Se limita a desabrocharme el reloj de pulsera y se aleja tranquilamente con él, con sus pasitos cortos, fantasma de mi agonía, sangre de mi sangre.

Los dados negros

Carlos Castán



Ilustración: Sergio Abrait. Iluminación, 2009

Al otro lado del espejo sólo pasa la imagen de las cosas, su contorno, su luz y la distancia entre ellas, pero nunca su aroma original porque más allá de ese eje de simetría que es la superficie del cristal todos los objetos y los seres comparten un mismo e indescriptible perfume. Cuando a este lado huele a eso, es que algo va a ocurrir.

En la cena de Nochebuena mi hermano aprovechó para enseñarnos unas cuantas fotos de su boda en Barranquilla. En la que más nos llamó la atención aparecía él agachado ante la novia, con las manos en los bajos de su vestido, y flanqueado por un corro de señoras y muchachas que sonreían un tanto achispadillas con sus trajes de noche. Nos explicó que, en lugar de que la novia tire el ramo sin mirar como se hace en España, allá, en el Caribe colombiano, el rito que determinará qué mujer de entre las asistentes vaya a ser la primera en casarse, consiste en que cada una de ellas

esconda bajo los faldones del vestido de la novia uno de sus zapatos, el marido recién escudillado los irá sacando uno a uno, al tanteo, y la dueña del que surja en último lugar será llevada al altar en los próximos meses. Al preguntarle cuál de las casaderas de la foto había resultado ser la agraciada, nos señaló en la imagen a la mayor de ellas, una viuda de mirada de pájaro que recordaba un poco a la esposa de Napoleón. Esas fotos de la boda de mi hermano, con sus comentarios correspondientes, y unas cuantas copas de cava, fueron las únicas muestras más o menos festivas de una Nochebuena que transcurrió silenciosa y lánguida porque nuestra tía pasaba sus últimas horas en una clínica a pocas manzanas de distancia.

Al día siguiente fuimos a verla toda la familia. Estando con ella pareció apagarse de repente como si hubiera estado resistiendo durante toda la noche para no tener que

morirse sola. Llamamos al médico a toda prisa y a partir de ahí se sucedieron las carreras y las voces de alarma por el pasillo. Nos echaron fuera de la habitación mientras el doctor la reconocía, quizá para certificar ya su fallecimiento. Me pareció entonces que la muerte podía ser una especie de sombra que desciende del crucifijo colgado en la pared y se desliza hasta la cabecera de la cama, como si fuera la pluma de un cuervo invisible. Quisimos salir al exterior a fumar un cigarro pero el frío en la calle era casi insoportable y nuestros abrigos habían quedado dentro del cuarto, sobre la cama de al lado a la que ocupaba mi tía. Nos atrevimos a llamar tímidamente con los nudillos, y una enfermera, preocupada por el mal humor del médico y su más que probable enfado por ser interrumpido en semejante trance, abrió la puerta menos de un palmo, como si alguien hubiera echado una cadeneta imaginaria,

y nos fue dando los abrigos uno a uno por aquella estrecha abertura. Fue un instante oscuro el que transcurrió en ese recinto donde se armaba la muerte. Traía vértigo el aire, y losas agrietadas y ramas negras. Recordé la foto que nos había divertido la noche anterior y me pregunté a quién entregaría en su prenda de abrigo en último lugar aquella enfermera con cara de viuda y vestida de verde, y si su propietario sería el siguiente en morir. Cuando era niño solía tentar a la suerte con juegos del estilo de si el próximo coche que surge de la esquina es negro, entonces moriré esta tarde. Tras unos segundos de terror, siempre conseguí salvar la vida. Pero esa mañana helada de Navidad, sin que nadie más que yo se diera cuenta, se estaba firmando mi condena.

Con una mano sacó mi parca, exactamente igual a la que lucía Richard Ford en una foto de El País de dos o tres sábados atrás, y

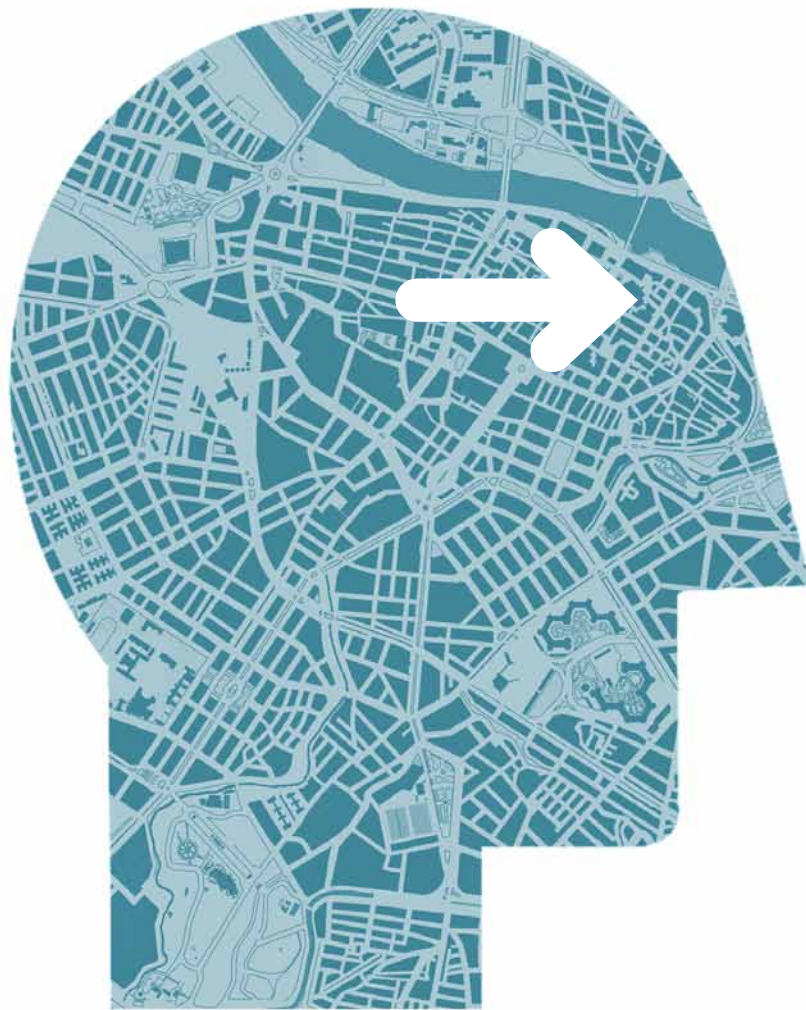
con la otra cerró la puerta de golpe. No había ya más abrigos. Sólo el ruido del portazo. Sentí ganas de santiguarme antes de pisar la calle, a la que salí medio a tientas y algo mareado, como quien avanza hacia el más tremendo campo de batalla.

Ahora la casa está invadida por esa atmósfera temblorosa y densa que se coló en Nochebuena a la hora de los postres, y que aguardaba también en la habitación del hospital, como si emanara de las manoseadas estampas de santos que compartían la mesilla con el montón de jarabes y pañuelos de papel. Huele a las velas que ardieron en la infancia, igual que olía cuando la sombra se descolgó del crucifijo y rodaron los dados hasta detenerse en mi sentencia. Ya no me atrevo a salir de casa. Ahora siento que vienen a por mí los coches de todas las carreteras y los rayos de todas las tormentas; cada bala, cada virus, cada puñal, cada veneno del mundo.

Vamos allá

Zaragoza, agosto de 2011

Carlos Castán



No es que el médico le hubiera prohibido conducir del todo: podía ir al centro comercial o a merendar a la sierra, siempre viajes cortos, bien descansado y sin pasar de ochenta. El problema es que nadie se fiaba de montar con mi padre por pequeño que fuese el trayecto. Los momentos previos a los viajes eran tensos porque él era quien llevaba las llaves del coche, colocaba a conciencia los bultos en el maletero y daba por supuesto que conduciría, como siempre, aunque ese siempre, como todos los siempres más tarde o más temprano, había empezado a deshacerse como una pastilla de jabón sumergida en el fondo de la bañera. El problema volvía a ser quién iba a decírselo esta vez y con qué argumentos, con qué piadosos engaños acabaría en el asiento del copiloto, con los ojos llorosos y sin entender gran cosa. Él se ponía solemne: *es que ya, si me quitáis hasta el coche, apaga y vámonos*; mis hermanas se ponían más dramáticas

todavía: desde luego ninguno de sus hijos iba a morir en la carretera por darle un capricho a él, se ponga como se ponga, que se adormece de improviso, que da un volantazo cuando pisa el arcén, que se pone nervioso tras los camiones.

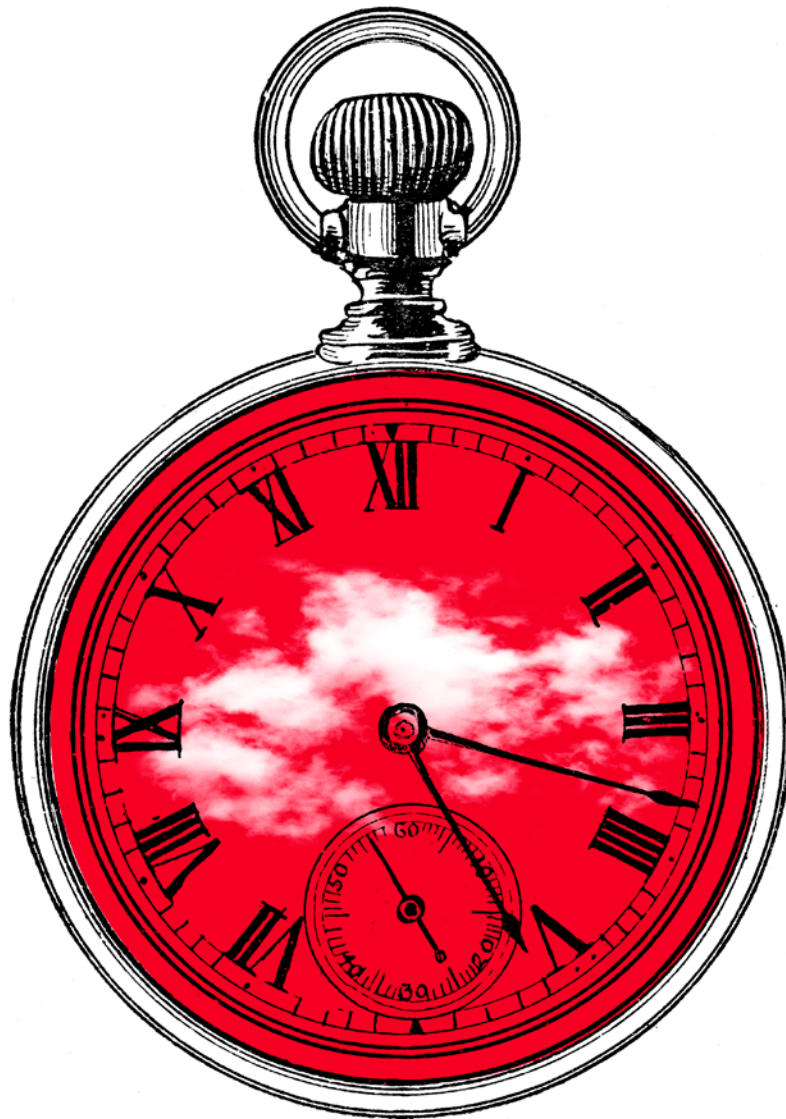
De alguna manera su vida había sido eso, llevaba en la cabeza el mapa de carreteras de España, gasolineras incluidas, de cuando iba a ver clientes aquí y allá. Llamaba por teléfono desde un hotel de Bilbao y a la mañana siguiente ya estaba en la otra punta, comiendo con unos señores de Sabadell, cerrando operaciones, merendándose el mundo. Yo miraba con tristeza sus pies para siempre sin pedales, sus frenazos contra la alfombrilla del coche.

Este verano hemos tenido que ir juntos a la playa. Nunca olvidaré su cara cuando, en el garaje de casa, le tendí las llaves del coche, como si tal cosa, como siempre, como si todavía estuviésemos viviendo dentro de

ese siempre que se había agotado. Por un momento pensé que iba a derrumbarse de pura gratitud, pero en seguida se recompuso, buscó en la americana sus gafas sol, ajustó asiento y espejos, dejó a manos sus chicles y sus puritos y arrancó el motor, mientras yo, con el cinturón desabrochado, me iba despidiendo de las cosas y la luz del día, apaga y vámonos, y de un mundo que no era ya el de siempre, cuando todo estaba en orden y mi padre telefoneaba desde el otro extremo de una carretera interminable.

Cielo rojo

Julio José Ordovás



Trabaja en un bar del polígono de Malpica de lunes a sábado.
A las siete menos cuarto espera el autobús en el puente de Hierro.
Una hora antes ha apagado el despertador.
Pone la cafetera, extiende la mermelada,
limpia la jaula del canario, arregla
las camas, se pinta un poco.
Su madre tarda siglos en salir del baño,
tiene esa mala costumbre.
Le dice que no se olvide de comprar detergente
y cierra la puerta con llave.
En el ascensor se examina las manos.
No le gusta lo que ve en ellas.
Si las ventanas del autobús estuvieran menos sucias
cada mañana podría tener distinto color.

A las diez y media entrará con las manos en los bolsillos,
pedirá un cortado y algo de comer, cualquier cosa
que dejará a medias, abrirá el periódico
solo para ojear las necrológicas;
veinte minutos después
pagará con un billete pequeño y arrugado,
ella hará un comentario banal
y él recogerá los cambios y sonreirá sin énfasis:
nadie debe sospechar nada.

Ella le ha dicho que no quiere oír más promesas.
Él ha salido a fumar fuera del coche.
Alguien debería limpiar toda esa sangre del cielo.